

Congreso de la
Nación Argentina



Concurso Literario
"Leo, luego escribo"
D.A.S. - Año 2009

Homenaje a Julio Cortázar
1914 | 1984



Congreso de la Nación

Alsina 1825, 5° piso
1090 - Buenos Aires

Norma Vitar, con su claro, sugerente y delicado discurso narrativo, nos convenció a propósito de sus méritos para obtener el primer premio en el Concurso Literario organizado por DAS (Dirección de Ayuda Social del Poder Legislativo de la Nación). Como se ve en su relato, las imágenes logradas y el ritmo de la acción desarrollada muestran a una autora con sobrados valores artísticos. Ella es argentina, nació y vivió gran parte de su vida en Santiago del Estero.

María Adela Renard, Carlos Penelas y Carlos Pensa
JURADOS

Contactos con la autora:
Zapiola 2214, 6° 15
1428 - Buenos Aires
Telefs: 4541-4500 ó 15-5640-1961
normavitar@yahoo.com.ar

Escritores recién publicados:

Joaquín Balaguer

Ricardo Rubio

Cynthia Gabbay

Pascual Marrazzo

Ma.Graciela Romero Sosa

Ángel Eduardo Speroni

Aldo Tibaudin

Director – propietario de la colección:

Carlos Pensa

Corrientes 2963, 1° "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
carlospensa@yahoo.com.ar
www.carlospensa.com.ar

52

todo es **Cuento**®

y

norma
VITAR



Coleccionable ↑



Diciembre de 2009

n.V.

Como hojas secas, la Santo

¿Lo quiere, Doña? Dicen que para noviembre va a nacer... Así, simplemente, como se regala un perro, un gato o un bicho cualquiera. La Santo ya tenía ocho hijos que le habían llegado uno por año, casi. Sí, Doña, sanitos, uno por año. Me están quedando tres, nomás, porque los más grandes se han ido a la cosecha del algodón con el padre y les gustó el Chaco. Ahí se han quedado, con familia nueva. Él viene de vez en cuando y esto es lo que pasa. Ya estoy grande para más hijos. Casi treinta, ¿sabe? Va a ser el último. Ya le he dicho que no vuelva más. Él tiene familia nueva. Si usted lo quiere a estito, se lo doy. Las monjas me lo andaban pidiendo no sé para quién, pero yo quiero que se quede en el pueblo. Va a ser el último...

Tenía alpargatas negras, la Santo. Rotas, bigotudas, desflecadas por andar sobre la tierra partida, la pobre. Y una camiseta de frisa, medio amarillenta, percutida por los años. La Santo la lavaba con un pedacito de jabón grasiento y la tendía sobre los yuyos para que el sol la blanqueara. ¡Y nada! Encima, vestía un batón con floritas violetas desteñidas y ese collar que el hijo más chico le había hecho con botijas de chilalos y piolín. Se le alcanzaban a ver las várices gordas de sus piernas y la piel morena, seca, resquebrajada, debajo de la enagua de lienzo que asomaba. ¡Qué ojos hermosos tenía la Santo! Su madre, la india Nemesia, se había escapado con el Gringo, el capataz del obraje de Don Jorge. El Gringo era hijo de alemanes que habían llegado al monte santiagueño después de la guerra. Casi albino, de tan rubio. Y ojos verdes, pero muy verdes. Por eso la Santo miraba fuerte, traspasaba las pestañas largas y duras y seducía callada, mirando el sol moribundo de la tarde.

Así decía Alberto cuando veía a la Santo. ¡Se le muere el sol de la tarde, Doña! ¿Vio qué ojos tiene la Santo? No hacían dos semanas que habían llegado los gitanos al pueblo y Alberto, que era el hijo del jefe de la tribu, se había enamorado porque la Santo miraba verde, como hojas secas, Doña. Y le seguía con los ojos la panza, alta y puntiaguda, cuando ella se enojaba y empezaba a caminar por la calle de tierra, hundiendo las alpargatas en el colchón de polvo, con los tres chiquitos siguiéndola, uno detrás de otro. Y el pelo lacio, retinto, más negro que el azabache, largo hasta la cintura, que el viento suave ondulaba y Alberto, embelesado, mecía dulcemente en su corazón.

No es sensato, Alberto. La Santo tiene marido, aunque nunca está, pero tiene marido. Tiene hijos y viene otro. ¿Qué vida le vas a dar a la Santo? Deben de andar por la misma edad, piensa la Doña mientras advierte un pequeño diente de oro que brilla en su sonrisa. Perseguidor y testarudo. Instruido, leído, conocedor de alguna literatura clásica, que abordaba cuando no manejaba el camión que arrastraba la carpa. Ya mi padre me ha dicho, Doña. En una noche, en silencio, sin que nadie se entere, le levantamos la casa con todo lo que tiene, los chicos, los perros, lo que ella quiera, y en un santiamén desaparecemos del pueblo. Falta que ella diga que sí. Solamente tiene que decirme que sí. Y la Santo pasaba de vuelta, con una gran bolsa llena de pan recién horneado, rosquetes, empanadillas, y los chicos detrás, vendiendo. El gitano corría, tomaba la bolsa, sonreía feliz. Se lo veía gesticular y mover el cabeza, alborotado, inquieto. Ella lo seducía, pícara, con su panza con niño y un andar cadencioso y sensual. Perseguidor y testarudo, se le notaba el amor al gitano. Se le notaba el buen sentimiento. ¡A primera vista, Doña! ¡Me la llevo, Doña, me la robo!

La casa de la Santo era un rancho de adobe. Las chapas del techo caían para un solo lado, apoyadas en tirantes de quebracho colorado, duro, fuerte. Una ventana pequeña dejaba que entrara el aire del invierno seco, que el viejo brasero de hierro calentaba con un fuego acogedor. Un tacho con agua sobre el banquito de algarrobo y dos catres grandes en los que dormían de a dos, uno para un lado y el otro para el otro. La lámpara de aceite colgando del horcón era más que suficiente para iluminarlos. Los chicos se sentaban en rodajas gruesas de tronco de quebracho y la Santo, en una hermosa silla de tiento que había heredado de su madre. Porque cuando la Nemesia partió, le dejó la silla y el cofre forrado en seda que el Gringo le supo regalar. Ese era el tesoro de la Santo. Ni ropa tenían, casi. No necesitaban tanto para vivir. Claro que le hubiese gustado tener una radio para escuchar un poco de música o alguna novela, como el resto de las mujeres del pueblo. Por eso ella cantaba cuando hacía el pan para vender, o los rosquetes bañados con merengue o las empanadillas rellenas con batata. Por eso ella cantaba cuando tapaba la última brasa del hornito de barro que estaba bajo el vinal. Una radio, nada más. ¿Qué otra cosa?

El domingo la Santo no apareció. La noche anterior se había festejado el Día de la Patria con una gran fiesta en el Hotel y todo el pueblo estuvo presente. Porque a esos festejos iban todos, ricos y pobres, grandes y chicos. Todos. Desfile de moda, números de magia. ¡La orquesta que venía de la Capital!, música fuerte, con grandes parlantes. Los hijos de la Santo no estuvieron espionando, como los otros chicos (y no era hora todavía de que naciera el niño, habría que ver). Esa chica con el camisón blanco llevaba una velita en la mano mientras desfilaba, la maestra escondía una paloma en una galera que el mago (el director de la escuela) hacía desaparecer, otros recitaban versos con tonada porteña, bailaban la danza del fuego, un turco con turbante rojo comía cebolla en el escenario, mientras la odalisca, de no más de ocho años, contorneaba su vientre bailador de nieta de sirios. Bullicio, alegría, velada de gala. Y la Santo no había aparecido por ahí.

¿Sí, Doña? ¿Sabes dónde vive la Santo? Ahí, nomás... Detrás de la represa. Haceme un mandado, entonces. Antes de que oscurezca del todo.

Las campanas de la iglesia habían empezado a llamar para la última misa de la tarde cuando el cielo rojo se rompía en destellos y la luna blanca y grande marcaba el comienzo de una noche maravillosa, con enjambre de tucu tucus, mariposas enormes y olor a rocío temprano.

Haceme un mandado, entonces. Vete para la Santo y decile que venga. Ahora, que venga. Que traiga los chicos para comer. Después la acompañamos, que no se preocupe.

El chico golpeó las manos muchas veces seguidas, pero ni los perros le ladraron. En la horqueta del rancho no estaba el farol. Ni los troncos, ni la silla, ni el cofre. Vacío de catres, de empanadillas, de rosquetes. Las cenizas frías del horno se habían oscurecido casi como el atardecer. Los murciélagos aleteaban contra las paredes de barro cocido y entraban a la casa por la ventana libre, sin cortina, atropellando los últimos aromas del último pan.

Norma Vitar